





GRIETAS EN LO COTIDIANO  
SE APROXIMA UN VENDAVAL



Francisco Bustos Briones

GRIETAS EN LO  
COTIDIANO

SE APROXIMA UN  
VENDAVAL





Primera edición: septiembre de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Francisco Bustos Briones

© Ilustración de portada: Francisco Bustos Briones

ISBN: 978-84-17548-14-8

ISBN digital: 978-84-17548-15-5

Depósito legal: M-25101-2018

Editorial Adarve


C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España









# Índice

|  |     |
|--|-----|
| Prólogo .....  | 13  |
| HUALQUI  |     |
| Una odisea en el sur del olvido                          |     |
| I.....   | 17  |
| II .....   | 19  |
| III.....   | 25  |
| IV.....  | 29  |
| V .....  | 31  |
| VI.....  | 35  |
| VII .....  | 37  |
| VIII.....  | 39  |
| IX.....  | 41  |
| X .....  | 43  |
| XI.....  | 45  |
| XII.....   | 49  |
| XIII .....   | 53  |
| OFFSIDE  |     |
| Se define un partido.....                                | 55  |
| VENDAVAL   |     |
| Prólogo .....  | 63  |
| SEIS CANTOS A LA RUTINA Y UN VENDAVAL                    |     |
| REVOLVIENDO EL CORAZÓN SALVAJE.....                      | 67  |
| VENDAVAL   |     |
| Vendaval, que tu viento sople el polvo que llevas dentro |     |
| CANTO I DESPERTAR.....                                   | 77  |
| CANTO II CAMINAR.....                                    | 79  |
| CANTO III CORRER .....                                   | 85  |
| CANTO IV SUEÑO .....                                     | 93  |
| CANTO V VOLAR.....                                       | 103 |
| CANTO VI ATERRIZAR.....                                  | 109 |



# GRIETAS EN LO COTIDIANO



## Prólogo

Este cuento del joven escritor chileno Francisco Bustos, reintegra las sensaciones de vidas que son parte de una larga y siempre accidentada tradición chilena de la escritura íntima, con amplios bordes sociales. Las pasiones más básicas como el amor, deseo, rencor y astucias se conjugan en juegos de palabras y personas de gran complejidad, a pesar de que sus relatos puedan parecer directos y diáfanos. Hay una evidente humanidad en la construcción de personajes que a ratos emociona y sorprende.

Ser escritor o poeta en Chile es, desde mi experiencia lectora, una aventura de riesgos. Mistral, Rojas, Bolaños y otros muchos repletan las opciones de estilo y sentido que han curtido la creatividad literaria en el sur del mundo. En la última década ha emergido una pléyade de escritores de cuentos que, junto con guionistas de cine, son los dos fenómenos más originales que se han dado en la creación nacional chilena. Esta siempre fue notable en la poética que aún se empina con más de un siglo de texturas de calidad. Se ha ganado en el cuento de nuestro país en velocidad y sorpresa que son rasgos básicos de la nueva narrativa Latinoamérica.

El cuento es un género complejo que se desplaza, en el caso de este texto, entre una tensión de crónica y un ritmo de intimidad que advierte; de personas que se muestran, pero al entrar en juegos de vida todo se complica y lanza a lo inesperado.

Francisco nos recupera de demasiados experimentos de las palabras, muchos de ellos de gran calado, otros tantos con menos fortuna. Es un escritor intenso y original que no se deja atrapar por los lugares convencionales de la escritura.

Este texto huele a América Latina, pero a un tiempo regional y antropológico que se fuga; nos deja la sensación de un tiempo sin reloj. Podría

ser Chile y también Medellín o Tucumán. En este sentido, es una imagen literaria muy lograda. Narra lo más íntimo de un país que se deja atrapar por una solidaridad humana salvaje y por una crueldad casi tierna de los personajes. Santiago, Talcahuano, lugares prehistóricos de luchas humanas antiguas y actuales; claves frías de clima y repletas de fantasmas desmesurados de la imaginación que, en esta narrativa, es sobria y fuerte.

El amor despedido y los celos más básicos, que son parte de las geografías locales, dejan insinuar en el texto que hasta estos sentimientos primarios se ven recodificados por las premuras de vidas que definen sus destinos, pero no terminan el imposible de saber cuál es el camino, si lo hubiera.

La vida barrial en un Chile que de forma abrumadora deja atrás las amistades de la calle que te vio nacer, los giros del habla popular que también se van redefiniendo y que aluden sin nostalgia un mundo que se hace cada día más tenue y a otros que emergen desde una modernidad salvaje situada en un individualismo exacerbado y muchas veces patético.

También Francisco nos sitúa desde el alma de los personajes en vidas que se cruzan, configurando un mosaico de opciones resolutivas de destinos. En las lógicas del cuento esto es siempre algo que se agradece en tanto no cierra opciones que las hadas de la existencia juegan con cada cual. Es un gran texto en manos aún jóvenes de escritor original.

Patricio Rivas H.  
Quito, 13 de marzo de 2018

# HUALQUI

Una odisea en el sur del olvido





# I

Un día que no recuerdo puse ropas en la mochila para salir a eso de las dos de la tarde.

La calle burbujeaba entre gritos, fútbol y esa música que hace zumbar ventanas, mientras hombres en desocupación empinaban botellas de cerveza fría.

En una esquina, un grupo de niños procaces manipulaban un grifo que azotaba transeúntes despistados. Aceleré el paso para pasar desapercibido, pero el chorro de agua se dirigió hacia mi cuerpo e intenté evitarlo, sin mucho éxito, dando un brinco que tornó más ridícula la situación. Resulté herido en las costillas del lado izquierdo; mientras observaba la herida me convertí en un blanco más de sus carcajadas que podía oír a mis espaldas.

En la intersección de Batallón Maipo y Santa Rosa, el semáforo en verde indicaba que debía cruzar a esperar una micro que no demoraba mucho en pasar. Después de tres minutos de recorrido bajé en el paradero 48 de la avenida Santa Rosa ya que desde allí podía tomar el bus.

El olor a pescado mezclado con sal marina invadió mi nariz. Mientras caminaba, el ambiente se volvía familiar según lo indicado, pero comencé a sentir algo incómodo. «Debe ser este aire húmedo en mis manos y cara que deja esta sensación aceitosa».

Transité sin encontrar la estación. Pensé inmediatamente en entrar a la cafetería que está cruzando la calle y preguntar cómo podía llegar al Biotren, pero justo ante mí apareció un carabinero de aspecto gentil que me explicó con calma cómo podía llegar, incluso se dio tiempo para decirme que tuviera más cuidado al caminar mientras se acomodaba la gorra, aunque en mi cabeza la situación era diferente ya que él, por andar de jetón mirando a las chiquillas, fue quien se estrelló.

En la estación compré el boleto para subir a una carcacha que todavía podía respirar. Inició el trayecto y a mis oídos llegó su tos. Apoyé la cabeza en la ventana, observé como culebreaba entre montañas con coihues que saludaban a mi paso.

Hualqui comienza en una pequeña estación de madera envejecida que recibe mis pisadas fuera de este tren que sigue su camino en el olvido sureño. Una pequeña construcción contigua atrae mi atención, me apoyo en el marco de una puerta inexistente. «Este lugar tuvo que ser la sala de espera», pero ahora en ella duermen una mesa y un juego de sillones con los resortes al aire; bajo la vista para observar cómo relucen en el piso envoltorios de preservativos, adhesivos de toallas higiénicas y botellas de vino. «Parece que alguien estuvo herido en este lugar, hay gasas manchadas con sangre seca que duermen bajo la mesa».

Doy media vuelta, introduzco la mano en el bolsillo del pantalón para extraer un papel. —Aquí está el croquis, veamos hacia dónde ir.

## II

Después de andar por calles polvorientas y doblar en una que otra esquina con algún perro ladrando, me encuentro frente al número indicado. Pegado en su frente resplandece ante mis ojos el #13 512 del pasaje Raulí; pongo mi dedo sobre el timbre —riiiiiing—. Después de segundos en los que intento tomar algo de aliento, se abre la puerta, ¡cloc, pum!

—¡Hola!, ¿cómo estás?

—¡Bien!

—¡Pasal, ¿cómo estuvo el viaje?

—Tranquilo.

—Puse a hervir agua, ¿quieres una taza de té?

—Bueno.

—Siéntate.

Me acomodo sobre un sillón fijando la mirada en aquella ventana que da al jardín frontal, una nube aparece. En este lapso de silencio pienso: «Seguro que acompañando la taza de té vendrán preguntas, pero cómo evitarlo, estoy en su casa y es tan normal. Esto me resulta realmente incómodo, he estado tan distante de mi familia que solo el hecho de tener mi trasero sentado aquí me tensa».

—¡No sé cómo actuar!

—Pero si en realidad soy solo un extraño, debe ser igual de incómodo recibir a alguien que es tu hermano, pero de quien no conoces nada.

—Peor sería pretender que podamos tener una conversación distendida.

—Estoy petrificado o soy un verdadero estúpido.

—En realidad, esto lo sabía desde el momento en que acepté su invitación.

—Tener que habitar el mismo espacio, aunque sea por pocos días, incluye el comunicarnos.

—Pero qué tenemos en común, de qué podríamos hablar.

—El pelo crespo es una similitud, los dientes heredados por nuestro padre son solo un rasgo familiar, al igual que el café claro de nuestros ojos proveniente de nuestra madre.

—¿En común tenemos algo?

—¡No lo creo!

Un ruido rompe el silencio inquietando mi humanidad a tal punto que comienzo a sudar un poco.

—¿Cuántas cucharadas de azúcar te pongo?

Intento controlarme antes de contestar.

—Tres, por favor.

Al acercarse, siento que mis vellos se transforman en púas para formar una barrera contra su intención de ahondar en mi vida. Está frente a mis ojos, su rostro se paraliza, su boca no puede articular palabras por segundos que se hacen eternos, voltea la cara para observar una fotografía dentro de un marco azul que cuelga sobre una blanca pared.

—Estamos afuera de la casa, ¿te acuerdas?

—No sabía que existía, debo haber tenido unos tres años.

—Yo tenía diecinueve en ese tiempo.

El silencio estremecedor se rompió gracias a una imagen que recordó mi infancia y su adolescencia. Ella fue mi torturadora, siempre recibí algún golpe de su parte o un castigo. Se ríe al recordar que me obligo a salir al patio para llenar la tetera con la amenaza de contar a nuestra madre que rompí su trabajo para la universidad. No recuerdo qué era, pero la pude llenar bajo una extraña lluvia que se dio en primavera. Acordamos que no me acusaría del delito y lo volvería a hacer.

Mi risa se dispersa, al igual que se diluye esa imagen. Ella toma una posición un poco amenazante, junta sus manos e inclina lentamente su cuerpo hacia atrás como para tener más seguridad; su espalda se apoya con firmeza en el respaldo beige del sillón, pasa su pierna derecha sobre la izquierda, gira levemente su cuello... Sus ojos se vuelven cristalinos frente a los míos. «¿Qué va a preguntar?», es lo que cruza por mi mente.

—¿Estás listo para dar los exámenes de ingreso?

¡Sabía que haría esa pregunta!

—Pienso que sí, he estudiado lo suficiente.

Ahora supongo que vendrá el sabio consejo de la hermana mayor pensando en el futuro de su hermano que no sabe qué hacer.

—Sabes que literatura no es tan rentable, pero también me dijo mamá que estás pensando en medicina. Podrías inclinarte por esa opción que te daría un mejor futuro.

Ahora sé por qué me invito a su casa, seguro que el tema de conversación después del almuerzo en su última visita en noviembre fue cuál sería la mejor opción de carrera para mí. Según ellas, debo terminar esta conversación que no me agrada para nada de inmediato.

—Sí, espero ingresar a medicina. ¿Dónde puedo dejar mis cosas?

—Ven, puedes quedarte en esta habitación.

—¿Te molesta si salgo a comprar algo?

—No, pero antes te muestro donde está la cocina. Mañana debo ir al trabajo, así que te quedas solo. Como sabes cocinar, ¿puedes prepararte el desayuno o prefieres que te despierte?

—¿A qué hora te levantas?

—Seis de la mañana.

—¡No!, mejor no.

—¿Piensas salir o vas a quedarte en la casa a descansar?

—No sé, voy a ver cómo estoy de ánimo mañana.

—En la puerta de la refrigeradora, en este papel azul, está el número de la oficina. Me puedes llamar si necesitas algo, y si no sales, puedes prepararte el almuerzo.

—¿A qué hora llegas?

—Cinco o seis de la tarde.

—Toma estas llaves para que puedas entrar, me voy a dormir. Ah, pero antes te muestro donde está el baño. —A un costado del lavamanos, por encima de este, hay tres repisas, en las dos primeras se encuentran artículos de higiene personal y en la última hay toallas— Están limpias, puedes usarlas; hay dos grandes para el cuerpo y una pequeña para las manos. Cuando estén sucias las puedes lavar. En el patio de atrás está la lavadora y en un mueble café puedes encontrar detergente y suavizante. También hay dos cestos para la ropa sucia: uno esta vacío para que lo puedas usar. Aquí tienes champú, pasta dental, un cepillo nuevo, por si olvidaste el tuyo, repelente, bloqueador solar, enjuague bucal, jabón líquido para las manos y este de barra para el cuerpo. Bajo el lavamanos,

abres estas puertas, aquí está el papel higiénico. —Mientras ella se esmera en mostrarme los artículos como si estuviera dentro de un spot publicitario, noto que sus ojos se iluminan ante cada presentación— Y eso es todo.

No lo dice, pero veo que todo fue adquirido recientemente con motivo de mi llegada; algunos productos siguen dentro de sus cajas. Está demás preguntar si este es el baño de visitas ya que es evidente. También puedo deducir que ella tiene el suyo dentro de la habitación.

—Si mañana me dan ganas de salir, ¿cómo puedo ir a alguna playa o cuál es la más cercana?

—Detrás de la estación del Biotrén puedes tomar una micro hasta caleta Tumbes, que es la más cercana; también puedes conocer el Huáscar que está de paso

—¡Ah!, pero eso está bien.

—Puedes ir a diferentes playas, todas las micros pasan por ahí, fíjate en los letreros donde está el recorrido.

Antes de salir miro el reloj de pared que marca las ocho y treinta. Estando en la calle, la noche parece inquebrantable, no hay un alma por esta tierra suelta en la que deambulo. Veo que hay un almacén, compro un paquete de cigarrillos, enciendo uno y enfilo mis pasos hasta la plaza.

Parece que todo Hualqui está llegando al lugar. Hay un pequeño escenario donde las pruebas de sonido terminan para dar inicio al desfile de artistas hasta que el momento más esperado llega al escenario. Con una agradable sonrisa saluda cordialmente a tan distinguida audiencia. Suenan cumbias con alegría y las suelas de los presentes comienzan a saltar como grillos. Una mujer que llega con prisa al espectáculo, acompañada de su familia, no encuentra mi rostro familiar.

—¿Tú no eres de aquí?

—No, soy de Santiago.

Sonríe al ver que sus sospechas son ciertas. Con una especie de vómito vuelve a formular otra pregunta:

—¿Qué hace un capitalino en este pueblo de mierda? —En un segundo vómito realiza una brillante exclamación— ¡Aquí no hay nada que hacer, ni qué mirar! —Parece que esta mujer tiene algún problema y deja ver su rabia, pero no es culpa mía que las autoridades mantengan al sur en un olvido constante.

—Estoy en casa de mi hermana por unos días.

Sus ojos parecen agrandarse, con una sonrisa a medias voltea su cara para seguir disfrutando de la música.

Todo el pueblo regresa sobre sus pasos. Me quedo en la soledad de una noche estrellada sentado en esta banca. Enciando un cigarro y, mientras el humo asciende, comienzo a recibir ese zumbido. Necesito escribir y, para ello, inicio el camino de regreso.

Al entrar, el piso me delata con un chillido espeluznante, la madera habla demasiado en el silencio, cada paso es un quejido y no quiero interrumpir su sueño. Antes de seguir me quito los zapatos para disminuir el ruido. En el interior de la habitación, mi primer acto es sacar todo lo que está en la mochila, luego ordeno y pongo la ropa dentro del armario.

En el instante en que tomo los utensilios de aseo... «¿Qué es mejor?», es una duda un poco tonta, pero hay que resolverla. «Voy a usar lo que está en el baño, así me evito la incertidumbre de si afecto o no su susceptibilidad». Tomada la decisión, los guardo en el cajón del velador y me dirijo al baño a cepillarme los dientes para volver enseguida. «Ahora puedo empezar». Un walkman pone en mis oídos algo de rock and roll para que ayude a marcar el ritmo.

Hojas encima de la cama, un lápiz empuñado a punto de acabar con la blancura de este papel indefenso.

*Una suave brisa se desprende de un murmullo que ve caer una hoja en su intento por no estremecer a ese vapor que se desprende de esa boca que intenta no susurrar para no alterar ese murmullo que se puede convertir convertirse en grito.*

—Creo que eliminando estas partes queda mejor, el título puede ser... «Discusión».

El sueño me invade lentamente, mientras bostezo dejo los apuntes sobre el velador.

